

ETICA Y EDUCADORES¹

Elsa Tueros Way²

CARÁCTER ÉTICO DE LA EDUCACIÓN Y DE LA LABOR DEL EDUCADOR

La educación está adquiriendo una importancia cada vez mayor en todas las sociedades pues se la considera como el medio fundamental para combatir la pobreza, aumentar la productividad y formar personas autónomas y ciudadanos honestos y responsables.

Viene muy bien al caso el retrato que hace un educador contemporáneo de aquello que puede lograr la educación: Puede formar personas egoístas o solidarias, puede hacer de los niños y jóvenes asesinos o santos, puede enseñar a ver a las otras personas como rivales o enemigos, o como compañeros y hermanos³.

Es en sus alcances que encontramos la nobleza de la educación porque es o puede llegar a ser la tarea humanizadora por excelencia, el medio privilegiado para que cada persona se proyecte y alcance una vida plena. Es este el mandato ético de la educación pues ha de posibilitar el cumplimiento de sus grandes finalidades las que se traducen en la exigencia del desarrollo humano, fin de todo proceso educativo.

Hemos de tener en cuenta que en la actual sociedad del conocimiento la apuesta económica, cultural y geopolítica pasa a ser una apuesta entre los diversos sistemas educativos. Al fin de cuentas la fortaleza de un país radica en la calidad de la educación de sus ciudadanos.

Supuesto lo anterior, a la educación se la aprecia desde su imperativo ético como el mayor aporte al futuro del mundo de hoy pues debe colaborar a prevenir la pobreza, la intolerancia, la violencia, el egoísmo y la ignorancia.

Asimismo, en la actualidad la participación organizada de la sociedad en los asuntos educativos viene cobrando mayor sentido porque se ha afirmado la idea de que la educación es una tarea que involucra a la sociedad en su conjunto y no solo a un restringido número de educadores. La educación se concibe así como un proceso de formación de ciudadanos que se constituyen en personas activas de la construcción de mejores sociedades.

Por ello, una ciudadanía bien informada y con niveles educativos de calidad es imprescindible para lograr democracias prósperas y colectivos comunitarios fuertes.

¹ Artículo publicado en la Revista NOVAMERICA N° 122 – Número Monográfico: “Formación del Educador” – Río de Janeiro – Brasil – Marzo 2009, pp. 65 - 69

² Profesora Principal del Departamento Académico de la Pontificia Universidad Católica del Perú

³ Pérez Esclarín, Antonio, Educar para humanizar, Narcea, S.A. de Ediciones, 2004

En el ámbito de las certezas enunciadas creo oportuno que nos preguntemos cómo encontrar la clave para que tales expectativas se alcancen.

No hay duda alguna que el papel de los educadores es fundamental en la acción educativa. Su labor cobra una relevancia insoslayable y no puede ser ignorada, aunque muchas veces las circunstancias políticas y sociales la oscurezcan.

Sin embargo, urge recordar que en el mundo globalizado y de avance inusitado y arrollador de la ciencia y de la tecnología, es imprescindible redescubrir la vigencia de la Ética. Esto, porque nuestra sociedad tan científica y tecnológica está muy necesitada de una mirada misericordiosa ante las muchas situaciones inhumanas que ocurren todos los días.

Señalo la actitud de la misericordia porque, como afirman los estudiosos de la Ética Cívica, la misericordia, la justicia y la solidaridad constituyen los tres sentimientos o valores universales comunes a todas las culturas.

Los valores, bien sabemos, otorgan sentido a la existencia humana, proporcionan motivos, identifican a una persona, le dan rostro y carácter propios. Los valores son algo fundamental para la vida personal, puesto que definen la calidad de la existencia, su anchura y profundidad.

Es en esta dimensión ética en la que nos hemos de mover los educadores, no solo desde la escuela si no desde la actuación pública.

Vivimos tiempos paradójales. En este sentido hemos de tener presente también que resulta sumamente grato constatar la importancia que hoy dan muchos colectivos al colocar la práctica de la dimensión ética de modo prioritario en los diversos ámbitos de la organización social y cultural de nuestra sociedad.

Así, pues, en este contexto y en el de lo que muchos llamamos tiempos de desorientación y de incertidumbre, es oportuno reflexionar y actuar con las certezas de la educación y de los educadores. Una de esas certezas –también fundante- es la dimensión ética como una práctica irrenunciable en el quehacer educativo.

Muchas de las personas que estamos embarcadas en la tarea educativa y quienes buscamos un mundo más humano, más justo, más inclusivo y fraterno sentimos creemos que en la actualidad se hace imprescindible una revolución pendiente. Esta, la única imperiosa en el mundo global, es la necesidad de un profundo cambio en el ser humano como condición indispensable para que sobreviva la humanidad.

No resulta nuevo afirmar que por primera vez la historia de la supervivencia física de la humanidad depende de un cambio radical del corazón del hombre.

Por tanto, se ha de prestar especial atención a los valores espirituales pues hoy más que nunca están en la base de la verdadera vida humana que todos nos reclamamos⁴

En Aparecida, al celebrarse la V Conferencia Episcopal de Latinoamérica y del Caribe, se ha señalado como uno de los signos de esperanza para nuestro continente, la presencia de la Ética en la vida pública y profesional⁵.

Tenemos que ser valientes para afirmar que la dimensión ética en la vida es un signo de esperanza para la humanidad de hoy. Y digo valientes, porque en nuestro mundo desigual e injusto la vida demuestra en general, que para quienes buscan alcanzar sus objetivos y situarse en la vida solo valen el saber, el tener y el poder. Piensan que todo se logra por la eficacia y la competitividad, por la fuerza y las mil argucias que suelen entrapar a los débiles espíritus.

Sin embargo, quienes estamos convencidos de que el inmenso poder creador de los seres humanos debe estar al servicio de la vida, afirmamos que la dimensión ética como fuente de luz urge a la profundidad del espíritu del ser humano a través de los esfuerzos que realiza por alcanzar su felicidad en un entorno de inclusión y equidad, urge a las organizaciones sociales que colaboran en el logro del desarrollo sostenible y urge al avance de las ciencias y tecnologías que buscan un elemento orientador como es el caso de la Bioética, por ejemplo.

Atrevemos a aseverar que el motivo de la esperanza para nuestro mundo se encuentra tanto en el discurso ético como en la moral vivida, es tener fe en la humanidad y en las posibilidades que posee de transformar la sociedad por la práctica del bien, de la paz, la bondad, la honestidad, la justicia, la solidaridad, la equidad, la inclusión la verdad y el diálogo, entre otros valores.

Con esta afirmación no estamos queriendo negar la naturaleza frágil del ser humano, proclive a una práctica diferente a la señalada, ya sea porque muchas veces el horizonte de sentido se oscurece ante las adversidades de la vida, o porque las personas no tuvieron la oportunidad de disfrutar de procesos educativos de calidad.

El tema de la calidad en la educación merecería una reflexión aparte ya que en América Latina calidad y equidad se dan como conceptos inseparables.

⁴ Mayor Zaragoza, Foro Internacional sobre Diálogo Interreligioso. Valencia-España, 2007

⁵ Conferencia Episcopal de América Latina y El Caribe, Aparecida, 2008

LOS EDUCADORES PROMOTORES DE UNA SOCIEDAD EDUCADA Y EDUCADORA

Algunos apuntes sobre la formación de los educadores

Hablar de promover una sociedad educada y educadora como objetivo del quehacer de los educadores tiene su punto de partida en la calidad humana y profesional de los mismos.

Como consecuencia es preciso insistir en la calidad de los procesos educativos de la formación inicial y continua de los educadores.

En dichos procesos hemos de encontrar los medios para que se dé la adquisición de una mirada crítica, de la capacidad para discernir lo correcto, lo propio, lo oportuno, lo prudente, aquello que lleva al bien personal y al bien común.

Es necesario insistir en que esos procesos tienen en sí el imperativo ético, el mandato de nuestra conciencia que nos impulsa a transmitir lo que hemos descubierto y aprendido, impidiendo que nos dejemos llevar por egoísmos aún a costa de la propia vida. Este doble movimiento de búsqueda y de transmisión de la verdad es lo que constituye la esencia de la educación.

Si la finalidad de la educación es la búsqueda de la perfección de la persona, dichos procesos formativos deben considerar tanto la singularidad del ser personal del educador cuanto su imprescindible dimensión social. Solo así la formación que se les brinde apunta desde su ineludible carácter ético, tanto a la formación elevada de la persona, como a la plena realización de los objetivos sociales. Este será el camino para avanzar a una sociedad educada que, consecuentemente, generará procesos de vida humana. Es decir, será a la vez una sociedad educadora en la que el diálogo, la concertación y la participación responsable generen los espacios para la defensa y la protección de los derechos y deberes humanos.

De ninguna manera la formación de futuros educadores puede estar sometida en sus leyes y normas a criterios políticos menores o a simples coyunturas o modas.

Exigencia de una Ética Activa en la labor de los educadores

Se trata de señalar los compromisos reales y duraderos que debemos asumir para avanzar hacia una sociedad educada y educadora. Los mismos son los siguientes:

- Compromiso con la construcción de su propio ser y de la vida comunitaria.
- Trabajo por la exigencia de los derechos humanos y de los deberes propios en la participación organizada de la sociedad civil y de los espacios públicos.

- Búsqueda de la felicidad para sí y para el otro en el horizonte de sentido de su quehacer.
- Práctica de la justicia y gratuidad, de la solidaridad y responsabilidad.
- Ejercicio de la autoridad al servicio del bien común.
- Puesta al servicio de ese bien común de sus ideas, creencias, usos y costumbres.
- Construcción de climas armónicos de respeto activo, verdad, diálogo, honestidad, inclusión, creatividad y participación.
- Desarrollo de corrientes pedagógicas transformadoras que construyen democracia y ciudadanía.

Los educadores tendríamos que llegar a consolidar nuestra acción concertada para que los proyectos educativos nacionales tengan vigencia, para que se fortalezcan las instituciones de la sociedad civil que trabajan por la educación y para que en los países se avance en la gobernabilidad de los sistemas educativos.